Mario Vargas Llosa

El liberalismo como camino irremediablemente necesario



INSTITUTO JUAN DE MARIANA

Mario Vargas Llosa

El liberalismo como camino irremediablemente necesario
Instituto Juan de Mariana
juandemariana.org

Índice

Un sentido homenaje a Don Mario 4

Memoria de un liberal 6

El viaje al liberalismo de un gigante literario 9

El liberalismo como camino irremediablemente necesario 12

Un sentido homenaje a Don Mario

Manuel Llamas, director del Instituto Juan de Mariana

El Instituto Juan de Mariana lamenta profundamente el fallecimiento de Mario Vargas Llosa, una de las figuras más destacadas de la literatura en lengua española y un firme defensor de la libertad individual, la democracia liberal y la sociedad abierta.

A lo largo de su vida, Vargas Llosa no solo nos regaló algunas de las novelas más brillantes del último siglo, sino que también se convirtió en un referente intelectual para todos aquellos que creemos en el poder emancipador de la libertad.

Su pensamiento liberal, construido desde la experiencia y el desengaño ante el autoritarismo, quedó plasmado en una vasta obra ensayística y narrativa que ha inspirado a generaciones enteras en Iberoamérica y el resto del mundo.

En 2012, el Instituto Juan de Mariana tuvo el honor de reconocer su trayectoria con el Premio Juan de Mariana por su defensa coherente y valiente de las ideas de la libertad, en un contexto en el que no siempre fue fácil sostener esa posición.

Desde esta casa de pensamiento libre, queremos rendir homenaje a quien, con la pluma y la palabra, contribuyó como pocos a articular un liberalismo humanista, ético y comprometido con el individuo. Su legado perdura en sus libros, sus discursos y su incansable labor al frente de la Fundación Internacional para la Libertad.

En nombre de todo el equipo del Instituto Juan de Mariana, trasladamos nuestro más sentido pésame a sus familiares, amigos y lectores. El presente volumen rinde homenaje a Don Mario, amigo de nuestra organización e imprescindible faro en la batalla por la libertad.

Descanse en paz.

Memoria de un liberal

Javier Fernández Lasquetty, vicepresidente de la Fundación Internacional por la Libertad.

Conocer a Mario Vargas Llosa se lo debo, como tantas cosas, a Esperanza Aguirre. Fue hace treinta años, en una cena en casa de ésta última, en una divertida reunión en la que también estaba José María Aznar, junto con Esperanza los dos mejores amigos políticos de Vargas Llosa en España. Luego fueron muchas ocasiones, de entre las que recuerdo especialmente el privilegio de pasar un fin de semana en el Encuentro Liberal que entonces se celebraba anualmente en Albarracín, en el que Federico Jiménez Losantos nos dio la primicia de lo que pocos meses después fue Libertad Digital.

Ha muerto un intelectual comprometido. Comprometido con la Libertad. Comprometido con las ideas liberales. Comprometido contra todas las tiranías, y especialmente contra la de Cuba. Verla por dentro a finales de los años sesenta del siglo pasado le ayudó a darse cuenta de que el socialismo conduce a la supresión de la libertad y a la sumisión a las órdenes de un poder centralizado capaz de llegar a cualquier extremo de ingeniería social.

Mario Vargas Llosa tenía un compromiso tan profundo con las ideas de la Libertad que se impuso a sí mismo la obligación de no morir sin dejarlo escrito —maravillosamente bien escrito—, y así lo hizo en un gran libro que es *La llamada de la tribu*. Es mi libro favorito cuando quiero introducir a alguien, especialmente si es alguien joven, en las ideas liberales. Agarrado a la mano del escritor, con su palabra bien escrita y con sus reflexiones y experiencias personales, nos acerca a las ideas y a la obra de siete pensadores, empezando por los que más influyeron

a Vargas Llosa: Popper, Hayek y Berlin. Si no lo leyeron en su momento es un momento perfecto para hacerlo, ahora que los ataques a la libertad vienen de todas partes, hasta el punto de que sea necesario explicar una vez más que el comercio tiene que ser libre y que de las restricciones a la libertad de comercio solo viene pobreza y a veces también el enfrentamiento.

El Premio Nobel peruano y español, además de ser un gran novelista, fue también un gran activista. Miembro activo de la Mont Pelerin Society, su gran obra fue la creación de la Fundación Internacional para la Libertad (FIL). La FIL es una de las referencias más importantes del liberalismo iberoamericano. Cada año organiza en Madrid el Foro Atlántico, una jornada imprescindible para el impulso de los ideales liberales a ambos lados del Atlántico. Lleva celebrándose desde principios de este siglo, siempre con un altísimo nivel de ponentes: Jean-François Revel, por ejemplo, acudía cada año casi hasta su muerte, lo mismo que Carlos Alberto Montaner, gran amigo de Mario Vargas al que secundó en todas sus iniciativas en favor de la Libertad. La FIL es una gran obra que el escritor fallecido deja construida y que perdurará. Su hijo Álvaro Vargas Llosa y su gran amigo Gerardo Bongiovanni se encargan de ello ya desde hace años, y hacen que la FIL sea el refugio seguro para que todos los iberoamericanos que quieren dar a conocer los desafíos y las oportunidades que la Libertad tiene en América Latina puedan hacerlo en una tribuna prestigiosa. María Corina Machado lo ha hecho últimamente muchas veces, para transmitir el estado de su proyecto de liberación de Venezuela. La Cátedra Vargas Llosa es la otra cara del proyecto, también creado gracias al entusiasmo y al ahínco del gran escritor, cuyas novelas son en sí mismas la expresión continua del ideal de una sociedad de personas libres y responsables, en la que nadie imponga su voluntad a nadie.

En una hora oscura, hace ahora cinco años, cuando el mundo entero quedaba encerrado en casa por causa del covid, Mario Vargas Llosa a través de la FIL alzó su voz para "exigir que la pandemia no sea una excusa para el autoritarismo". Esa defensa de la libertad la hizo durante tres décadas en sus columnas quincenales y en todos sus discursos e intervenciones públicas. Mauricio Rojas lo ha condensado muy bien en su libro "Pasión por la Libertad. El liberalismo integral de Mario Vargas Llosa".

Escribió, y en él la escritura era acción, pero no dudó en lanzarse a la calle cuando vio que la libertad estaba amenazada. En 1987, cuando el gobierno de Alan García quiso llevar su socialismo populista hasta el extremo de nacionalizar la banca, Mario Vargas Llosa lanzó el grito que sacó a la calle a millones de peruanos. El

insólito éxito conseguido le convenció de que debía participar en política en primera persona y el Movimiento Libertad echó a andar. Fue una campaña electoral peruana, en 1990, que desde todo el mundo seguimos con entusiasmo. No salió bien. Vargas Llosa había dejado muy atrás a la izquierda, pero no vio venir que otro populismo, el de Alberto Fujimori, estaba emergiendo con fuerza. El libro en el que lo cuenta todo, "El pez en el agua", no solo es una novela autobiográfica trepidante y divertida, sino que también es un manual de política práctica que siempre recomiendo a los que quieren, como hice yo, dedicar una parte de su vida a la política.

Removió conciencias en el Perú, como también en España. Lo hizo con la valentía y la firmeza de un viejo defensor de la Libertad a los pocos días del intento de golpe de estado en Cataluña, en octubre de 2017, cuando encabezó la histórica manifestación de millones de personas en Barcelona. Lo hizo también cuando secundó a su amiga Cayetana Álvarez de Toledo en la creación de la plataforma Libres e Iguales.

Mario Vargas Llosa ha sido un liberal de cuerpo entero. Pocos escritores —y menos en la literatura de habla española— han defendido de forma tan consistente, tan brillante y tan valiente que la Libertad está por encima de todo, de absolutamente todo. Echaremos de menos tu generosidad intelectual, y echaremos sobre todo de menos tu voz y tu palabra siempre libres, maestro Vargas Llosa.

Artículo publicado originalmente en Libertad Digital.

El viaje al liberalismo de un gigante literario

Diego Sánchez de la Cruz, coordinador de estudios del Instituto Juan de Mariana y

miembro de la red FIL Futuro de la Fundación Internacional por la Libertad.

Hace algunos meses, en la tradicional reunión que convocaba cada año en El Escorial, la ausencia de Mario Vargas Llosa se sintió de manera muy especial. Creo que todos los allí reunidos sabíamos, de una u otra manera, que no volveríamos a ver a nuestro admirado literato en Madrid, su segunda casa. Nos quedaba el consuelo de las fotos que su hijo Álvaro ha venido compartiendo con él desde Lima, donde ha apurado sus últimos días.

La salud le falló definitivamente este Domingo de Ramos y Mario Vargas Llosa ya se ha hecho inmortal. Con su partida se va uno de los más grandes novelistas del siglo XX y XXI, una voz imprescindible de las letras hispánicas, y un intelectual que dedicó buena parte de su vida pública a la defensa de la libertad individual. Su muerte cierra una era, pero deja abierto un legado poderoso: el de quien supo combinar literatura y pensamiento político, imaginación narrativa y compromiso con los valores del liberalismo clásico.

Más allá de los homenajes institucionales de rigor que llegarán en las próximas fechas, lo que define su liberalismo es una travesía. Vargas Llosa no nació liberal. Llegó al liberalismo desde la izquierda revolucionaria. Durante su juventud abrazó las ideas socialistas y mostró simpatía por la Revolución Cubana,

convencido de que la justicia social exigía una ruptura con el orden capitalista. Pero el desencanto no tardó en llegar. La deriva totalitaria de los regímenes comunistas, la censura, la represión, el culto a la personalidad y la persecución de los disidentes —como el caso del poeta Heberto Padilla— fueron un punto de inflexión que lo llevó a romper con el marxismo.

Su evolución ideológica está relatada de forma magistral en La llamada de la tribu (2018), ensayo autobiográfico e intelectual donde repasa a los pensadores que lo ayudaron a construir su visión liberal del mundo: Adam Smith, José Ortega y Gasset, Friedrich Hayek, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlin y Jean-François Revel. Todos ellos, desde distintos ángulos, fueron clave para entender que la libertad no es solo una cuestión económica, sino también cultural, política y moral.

El liberalismo de Vargas Llosa

Vargas Llosa abogó por un liberalismo no economicista, profundamente humanista, donde el individuo está en el centro y el Estado tiene un papel limitado pero firme: garantizar las reglas del juego, proteger los derechos fundamentales y ofrecer oportunidades a través de una educación de calidad y un sistema judicial independiente. Rechazaba el colectivismo, el nacionalismo excluyente y el populismo autoritario, pero también criticaba la tecnocracia que reduce al ser humano a una variable macroeconómica.

Pero, partiendo de que nunca priorizó lo económico por encima de otras vertientes, tuvo siempre claridad a la hora de reivindicar la propiedad privada, el comercio libre y la competencia, condiciones necesarias para el desarrollo. Ya en su programa presidencial de 1990, cuando fue candidato en Perú frente a Alberto Fujimori, defendió sin ambages un modelo de economía abierta que incluyera la privatización del enorme e ineficiente aparato de empresas públicas, la apertura al comercio internacional y la inversión extranjera, la reducción del tamaño del Estado y una profunda reforma educativa.

Estas propuestas, aunque derrotadas electoralmente en aquel momento, terminaron siendo adoptadas, en parte, por los gobiernos posteriores. No sin ironía, varias de las reformas que Vargas Llosa proponía acabaron aplicadas por su rival Fujimori, aunque sin el respeto institucional y los límites democráticos que el escritor consideraba indispensable.

Como literato, sus novelas también dialogan con su visión del mundo. “Conversación en la Catedral” es un grito contra el autoritarismo; “La fiesta del

Chivo", un testimonio del horror del poder absoluto; "La guerra del fin del mundo", una parábola sobre el fanatismo ideológico; y "El sueño del celta", una exploración de los abusos del colonialismo. Incluso en "Pantaleón y las visitadoras" o "Travesuras de la niña mala" subyace su desconfianza hacia toda forma de moral impuesta desde arriba.

El liberalismo de Vargas Llosa no fue una fórmula abstracta, sino una posición ética frente al mundo. Fue, ante todo, una defensa del individuo como creador de su destino, una apuesta por la cultura como espacio de libertad y una advertencia constante contra las ilusiones del colectivismo.

Su legado trasciende la literatura y la política: es una invitación permanente a resistir el dogma, a defender la pluralidad y a confiar en la fuerza transformadora de la libertad.

Fue para mí un inmenso honor compartir algunos momentos con Don Mario y me siento feliz de seguir trabajando por su legado como parte de FIL Futuro, la red de talento joven de su Fundación Internacional por la Libertad.

Sirvan estas líneas como tributo a un gigante y como saludo emocionado y cariñoso a su familia y amigos, así como a sus más cercanos colaboradores, como la familia Bongiovanni y todo el equipo de la FIL.

Artículo publicado originalmente en Libertad Digital.

El liberalismo como camino irremediablemente necesario

Discurso de Mario Vargas Llosa en la Cena de la Libertad 2012 del Instituto Juan de

Mariana.

Queridos amigos,

Agradezco profundamente al Instituto Juan de Mariana por entregarme este honroso trofeo. Es un acto de generosidad que aprecio profundamente y reconozco en toda su valía.

La organización me dijo que recibiría un premio y, en realidad, me han dado cinco: el galardón, claro está, pero también los cuatro discursos que se han pronunciado y que todos ustedes acaban de oír. Quienes los han pronunciado son íntimos amigos míos, tres de ellos latinoamericanos y, como tal, exagerados, desmesurados, sentimentales.

En fin, bien saben todos los que hoy nos acompañan que la amistad lleva a grandes extremos y a niveles de generosidad que aquí en España se practican por igual. Y pido, por favor, que rebajen buena parte de todo lo que han oído para así poder 3llegar a la verdad.

Yo soy un escritor. La literatura es mi vocación. He tenido la suerte extraordinaria de poder dedicar buena parte de mi vida a aquello que me gusta. Quizá eso es lo mejor que le puede pasar a un ser humano: el poder dedicar su tiempo, su energía

y sus ganas a aquello que le produce más placer. Aquello cuyo ejercicio mismo es ya de por sí una recompensa es, desde luego, algo impagable que uno no encuentra palabras para agradecer.

Pero es verdad que, al mismo tiempo, y en gran parte por lo que ha significado mi trabajo de escritor, he dedicado mucho tiempo y energía a defender la libertad. Quizá otros oficios conducen al mismo punto, pero en mi caso no me cabe duda alguna de que ejerciendo la literatura se descubre prontamente la importancia tan fundamental que tiene la libertad para poder desarrollar una obra genuina y creativa.

De igual manera, creo que nadie aprecia tanto la libertad como aquellos que, por distintas razones, se han visto privados de ella. En este sentido, yo nací en un país y en un continente donde, desgraciadamente, la libertad ha sido, si acaso, un pequeño paréntesis entre largos periodos de oscurantismo, censura, autoritarismo y represión.

Creo que el haber vivido la traumática experiencia de la dictadura me hizo descubrir muy pronto, cuando todavía estaba en el colegio, lo humillante, lo ofensivo, lo deprimente que resulta vivir en un régimen autoritario donde no hay libertad política, donde la prensa está censurada y donde la falta de una información auténtica hace que la población se alimente de rumores, hipótesis, especulaciones e incluso fantasías.

Ingresé a la Universidad de San Marcos el año 1953, en plena dictadura del General Odría. Aquella universidad era una de las muchas instituciones del país que habían terminado siendo verdaderamente arrasadas por la represión del régimen. Había profesores y estudiantes encarcelados, otros en el exilio... y la propia vida de quienes acudíamos a las clases estaba marcada por la inseguridad y el miedo. Había policías disfrazados de estudiantes que estaban allí solamente para delatar a los sospechosos y a los rebeldes. Creo que todo eso hizo que naciera en mí esa voluntad de rechazo sistemático de todos aquellos regímenes que humillan al individuo y tratan de encorsetarlo, manipularlo y orientarlo en determinada dirección, convirtiéndolo en un ser servil, mediocre y sometido.

Es verdad que, como mi muy querido y admirado Mauricio Rojas, yo creí que, en el marco de la lucha contra la dictadura de Odría, la alternativa y la libertad eran aquello que representaba la opción del comunismo y el socialismo. Muchos jóvenes latinoamericanos que padecimos las dictaduras militares de aquellos

años creímos que aquella doctrina de la izquierda era el verdadero camino de la justicia y de la libertad.

Pero, muy pronto, tanto Mauricio como yo descubrimos lo que tantos latinoamericanos fueron entendiendo con el tiempo: a saber, que el comunismo y el socialismo representaban una forma tan terrible de oscurantismo, autoritarismo y violencia como las dictaduras militares que padecíamos, sino incluso peor. Fue a través de esas experiencias que empezamos nuestro aprendizaje de la libertad.

Y el aprendizaje no fue fácil. Fue, de hecho, un proceso difícil, mediante el cual fuimos descubriendo ideas, conociendo autores, devorando libros y cultivando formas nuevas de pensamiento que nos prestaron una ayuda invalorable a la hora de trabajar por un mañana mejor.

Mi generación vivió la Revolución Cubana con inmenso entusiasmo. Se apoyaba a Fidel Castro con la esperanza de que aquel proceso verdaderamente encarnaba principios de justicia, solidaridad y libertad como aquellos con los que soñábamos. Durante algunos años muchos vivimos engañados con esta ilusión. No lo vivimos voluntariamente, pero sí dócilmente, he de decir.

La decepción fue, en mi caso y en el de muchos otros, desgarradora. Habíamos soñado que Cuba sería un modelo a seguir para América Latina y para todo el Tercer Mundo y, de pronto, comprobamos que aquella revolución que creíamos libertaria estaba en bancarrota y, como el modelo totalitario soviético, se entregaba a practicar la represión sistemática y a implantar el pensamiento único, castigando toda forma de crítica o disidencia con la crueldad y la frialdad típica de los regímenes totalitarios.

Sí, lo de Cuba nos provocó una enorme confusión y angustia. A mí me ayudó a salir de esta crisis, que fue muy profunda, el pensamiento liberal que descubrí primero en Francia, leyendo a pensadores como Raymond Aron, y después en Inglaterra, donde viví muchos años y donde el liberalismo tenía raíces mucho más profundas.

Fue en las islas británicas donde conocí a mi queridísimo amigo Pedro Schwartz, de quien he aprendido tantas cosas, entre ellas justamente el pensamiento de los grandes liberales anglosajones que él domina también. Descubrir el liberalismo fue encontrar un camino de salvación que, de hecho, no solamente me ayudó a nivel personal, sino también a la hora de pensar en la imperiosa necesidad de

impulsar la libertad en América Latina, promoviendo una sociedad más abierta en los campos político, cultural y económico.

Los pensadores liberales enriquecieron extraordinariamente mi visión de la historia. Me enseñaron a descubrir las raíces del fracaso político y económico de nuestros países. No fue una batalla fácil, a veces hasta hemos sido atacados físicamente por defender estas ideas, como aquella vez en Argentina, cuando unos piqueteros de Rosario arrojaron piedras contra el autobús en el que viajábamos camino a una conferencia.

He de decir, eso sí, que yo contaba con un entrenamiento magnífico a mis espaldas, puesto que había lanzado mi propia campaña política en el Perú y, como le dije a nuestros asustados acompañantes, las piedras de aquellos piqueteros argentinos eran un juego de niños en comparación con las pedradas que yo recibí cuando hice política en mi país natal.

Sin duda, muchas cosas han ido mal en América Latina, empezando por la trágica situación de Cuba que ha evocado otro premiado por el Instituto Juan de Mariana, como es mi querido Carlos Alberto Montaner. Son más de cincuenta años de opresión, de una dictadura atroz, la más larga en la historia del continente latinoamericano. Pero, incluso en la isla, sabemos que el tiempo se le está agotando a los comunistas. En los años 60 del siglo pasado, millones de jóvenes en el mundo entero veían en el régimen de Fidel Castro un modelo a seguir. ¿Quién diría lo mismo hoy en día? Apenas les queda el apoyo de grupos minúsculos de fanáticos, de gentes verdaderamente cegadas por una convicción casi religiosa, mientras que la inmensa mayoría de los seres pensantes ve en Cuba lo que realmente sufren los isleños: el fenómeno verdaderamente trágico de una tradición totalitaria que ha alcanzado niveles tan extremos que solamente pueden compararse con el triste periplo de Corea del Norte desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestro tiempo. Es, pues, un ejemplo verdaderamente patético del fracaso político, social y económico de un modelo que solamente se sostiene sobre la represión más cruda. Por eso, siempre he querido insistir en que no podemos dejarnos desmoralizar, porque los cubanos van a volver ver la libertad brillando nuevamente en su tierra, que es la de Martí, Lezama Lima, Cabrera Infante y tantos otros admirables cubanos que no se dejaron cegar por la ilusión castrista.

Estoy seguro que, más pronto que tarde, muchos serán los liberales que se podrán encontrar en La Habana y recordar, sin nostalgia, los años de noble lucha contra el castrismo.

Hay, por tanto, un contexto de largo plazo que sí justifica el optimismo. La América Latina de nuestros días es una América Latina que está mucho más cerca de la libertad de lo que estaba cuando yo era joven. Cuando yo estudiaba en San Marcos, en los años 50, casi toda América Latina estaba sometida a regímenes militares autoritarios, corrompidos y brutales. La democracia era una planta exótica que florecía fugazmente y desaparecía después, cuando volvía a implantarse la vieja tradición autoritaria.

Hoy en día, la situación es distinta. Sí, está Cuba, está la forma venezolana de dictadura bolivariana, pero claramente se aprecia un giro que aleja a la región del populismo socialista y que vertebra alternativas decididas, sensatas, responsables y, en muchos casos, liberales. Por eso los bolivarianos saben bien que solamente logran mantenerse en el país a través de fraudes electorales descomunales.

Quedan, por supuesto, regímenes populistas como el Nicaragua, el de Bolivia o el de Ecuador. Pero paremos de contar, porque en el resto de América Latina hay gobiernos democráticos, nacidos de elecciones libres y limpias. Asimismo, Centroamérica vive por primera vez en la historia moderna una época libre de guerras civiles, revoluciones y colapsos.

Es verdad que hay problemas de violencia, es verdad que hay problemas de corrupción, pero hay una institucionalidad que se va abriendo camino y que se va enraizando poco a poco, pero de forma progresiva. América Latina empieza a exhibir un mayor consenso social a favor de la democracia política y de la democracia. Y creo que, por primera vez en nuestra historia, también empieza a parecer factible que se desarrollen consensos amplios a favor de la libertad económica.

Esa sí es una verdadera revolución que puede cambiar la historia de América Latina. Chile lo ha experimentado desde hace mucho tiempo y se ha convertido en un país mucho más próspero. En Perú también se ha producido una mejoría notable. En Uruguay, gobiernos de izquierdas han asumido muchos de estos principios, manteniendo las instituciones democráticas y las política económica de mercado.

¿Qué quiere decir todo esto? Quiere decir que hay esperanza. Quiere decir que América Latina va saliendo, por fin, del subdesarrollo mental que nos condenaba al subdesarrollo económico y político. Las ideas liberales, aunque todavía el liberalismo siga siendo algo maldita para tantos, avanzan terreno, incluso entre

algunos que están ya practicándolo sin saberlo. La batalla la está ganando la libertad, no solamente en América Latina, también en distintos países de Asia o en distintos enclaves africanos. Incluso en Medio Oriente se han dado movimientos quizá confusos, anárquicos incluso, pero que deben invitarnos a ser optimistas de cara al futuro.

Es verdad que en Europa se viven tiempos muy difíciles y eso ha hecho que el pesimismo se propague en nuestras filas. Pero, personalmente, comparto la visión de nuestro admirado Jesús Huerta de Soto, quien considera que es precisamente en momentos de crisis cuando los liberales debemos demostrar que nuestras propuestas son muy necesarias. Debemos abogar por cambios radicales y, si acaso creemos que en condiciones de normalidad sería difícil sacar adelante esas mejoras, entonces debemos aceptar que es en momentos de crisis, cuando la sociedad se siente al borde del abismo, cuando esas ideas se vuelven factibles y lo que antaño parecía inalcanzable o irrealizable ahora se erige como un camino irremediablemente necesario.

Creo que una de las superioridades que tenemos nosotros, los liberales, en comparación con los seguidores de las utopías sociales, es que, a diferencia de ellos, nosotros no creemos que la historia esté ya escrita, que la historia sea una suerte de guión que todos debemos seguir y aplicar inapelablemente a lo largo de nuestra conducta cívica y de nuestras decisiones políticas. No, nosotros sabemos que la historia no está escrita, que la historia la hacemos cada uno de nosotros día a día con nuestras decisiones. Y nuestras decisiones son las adecuadas, pues son procedentes de la lectura racional, inteligente, lúcida, de la realidad que hace cada individuo, no de la ensoñación de un político que juega a arquitecto de la sociedad y la economía.

En tiempos de dificultad, recordemos siempre que las peores situaciones pueden convertirse en oportunidades. Pueden entenderse como ocasiones y circunstancias que pueden contribuir a cambiar todo aquello que anda mal, para corregir los errores cometidos y adoptar el rumbo necesario que nos encamine hacia el progreso y que refuerce nuestra libertad.

Creo que este es el sentimiento que debe acompañarnos.

Recordábamos hace poco, con Carlos Rodríguez Braun, la última visita de Karl Popper a España. Estuvo en Santander, en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Allí estaban Pedro Schwartz y otros amigo. Recuerdo que en una entrevista que le hicieron, un periodista le dijo, “bueno, ¿y qué piensa usted,

doctor Popper, de esta situación tan terrible que vive el mundo?". Yo siempre he recordado su respuesta, que fue una respuesta enormemente aleccionadora para los tiempos en que vivimos. Y es que Popper dijo que "sí, que hay muchas cosas que andan mal, muchas cosas que criticar en el mundo que vivimos, pero que es importante recordar, al mismo tiempo, que nunca, a lo largo de toda la historia de la humanidad, hemos estado tan bien como estamos ahora. Nunca hemos tenido tanto desarrollo científico, tanto desarrollo tecnológico. Nunca hemos avanzado tanto en el campo de las ideas ni en el campo de la experiencia histórica vivida como para dar una batalla más eficaz y más contundente contra los grandes males de la humanidad".

La pobreza, la enfermedad, la injusticia, la opresión. Todos esos males existen, pero su incidencia ha ido a menos. Creo que esta idea debe estar siempre presente, en marcado contraste con la tentación del pesimismo, la tentación de asumir un inexorable fracaso a futuro, la tentación de estar siempre frente al apocalipsis. Es una tentación que hoy día, y por desgracia, se hace presente en España y en Europa, ante la enormidad de la crisis que vivimos. Pero, sin duda, hemos vivido tiempos mucho peores.

Creo que esas palabras de Popper, pronunciadas no mucho antes de su muerte en esa última visita que hizo a España, deben reforzarnos la moral cada vez que sintamos la tentación del pesimismo. No hay que ser pesimistas. Aún en las peores circunstancias hay que seguir el ejemplo de Carlos Alberto Montaner. Hay que seguir peleando, convencido de que los Fidel Castro de este mundo no son inmortales y que sus ideas, quizá un día populares, han ido cayendo en la ruina como resultado de su misma aplicación.

Todos los dictadores de la historia, tarde o temprano, han caído. Y sus regímenes se han venido abajo derrumbados por su propia ineficiencia y por su propia crueldad. Y ahí están, en la historia, como un ejemplo feo, sucio, de algo que de ningún modo queremos volver a experimentar quienes hemos conocido el daño causado. Hoy vivimos momentos difíciles, pero esta es una crisis que va a pasar, una crisis que debe servirnos para encarar con lucidez nuestros propios errores y no volver a repetirlos en el futuro.

Qué paradoja que haya en Europa quienes sueñan el modelo que el mundo subdesarrollado quería seguir y que ha impedido su avance, condenando a millones a la miseria y el atraso. Y qué paradoja, también, que muchos países empobrecidos hayan ido a más siguiendo el camino que enriqueció a Europa y que este Viejo Continente parece haber abandonado.

Pero, en fin, esas paradojas son las que constituyen la historia. Esa historia que no está escrita. Esa historia que depende, enteramente, de nosotros, de nuestra capacidad de caminar por una u otra dirección, buena o mala.

Quienes han constituido el Instituto de Juan de Mariana, saben lo que hacían. Ellos han elegido la buena dirección. Ellos han puesto a la cabeza de su institución un nombre ilustre. El nombre de uno de esos filósofos de la Escuela de Salamanca que allá, lejos en el tiempo, en el siglo XVI, cuando la idea de liberalismo ni siquiera podía concebirse, cuando la idea de la libertad era una idea muy pequeñita, fueron capaces de anticipar el porvenir y defendieron, como lo hizo Juan de Mariana, la propiedad privada, la limitación del poder y la economía de mercado.

Ellos defendieron que el soberano se moviera dentro de unos reglamentos estrictos de los que no debía apartarse si no quería convertirse en dictador. Llegaron a defender, siguiendo hasta un extremo el pensamiento de santo Tomás de Aquino, el tiranicidio, como derecho de los pueblos de acabar con los tiranos y sus regímenes opresivos.

Es un bello ejemplo, un bello modelo, que un grupo de jóvenes españoles hayan rescatado ese pensamiento escolástico siglos después y hayan constituido un centro como el Instituto Juan de Mariana desde el cual dar la batalla de las ideas y luchar por la libertad. La trayectoria del Instituto es algo enormemente aleccionador, un ejemplo que creo que todos tenemos que apoyar y seguir. Los tiempos que corren son difíciles, pero los tiempos pueden cambiar y depende única y exclusivamente de nosotros que su signo futuro sea mejor.

Termino por donde comencé. Muchísimas gracias al Instituto Juan de Mariana. Muchísimas gracias a mis queridos amigos Gerardo Bongiovanni, Mauricio Rojas y Pedro Schwarz, por las cosas tan hermosas, generosas y hasta mentirosas que han dicho sobre mí a la hora de brindarme este premio. Y muchísimas gracias a todos los miembros y amigos del Instituto Juan de Mariana por acompañarme en esta velada inolvidable.



juandemariana.org